

Verdad y misterio en la palabra

ANTONIO COLINAS

Como decía Machado, una vez que hemos dado la poesía a los demás, esta poesía en cierta medida ya no nos pertenece y es el lector el que extrae de los poemas su propia visión, su propia interpretación.

El primer poema de mi libro *Preludios a una noche total, Nacimiento al amor*, es un poema claro, en el que puede verse lo que subyace a mi poesía, lo que hay debajo de mi poética y debajo de esos treinta años de escritura:

*Traes contigo una música que embriaga el corazón,
le dije. Y en mis ojos rebosaban las lágrimas.
Llenos de fiebre tuve mis labios que sonaban
encima de su piel. Por la orilla del río,
trotando en la penumbra, pasaban los caballos.
De vez en cuando el viento dejaba alguna hoja
sobre la yerba oscura, entre los troncos mudos.
Mira, con estas hojas comienza nuestro amor.
En mi toda la tierra recibirá tus besos,
me dijo. Y yo contaba cada sofoco dulce
de su voz, cada poro de su mejilla cálida.
Estaba fresco el aire. Llovían las estrellas
sobre las copas densas de aquel soto de álamos.
Cuando la luna roja decreció, cuando el aire
se impregnó del aroma pesado de los frutos,
cuando fueron más tristes las noches y los hombres,
cuando llegó el otoño, nacimos al amor.*

Este poema sencillo, transparente, podría subrayar, sobre todo, dos cosas: una, el momento en que nace mi poesía, el momento en que comienzan a escribir y publicar los primeros libros *novísimos*. Esta poesía se escribe a media-

dos y finales de los años sesenta y, como habrán visto, es una poesía que tiene muy poco que ver con esta poesía mía inicial. Era una poesía más llamativa, rupturista, provocadora, culturalista, digamos. Aquí lo que hay es simplemente algo que yo le he exigido en todo momento a la poesía, y que de manera aparente o de manera subterránea, siempre ha estado en la mía: y es la emoción, la intensidad de lenguaje y un cierto grado de pureza formal.

En mi poesía hay varias etapas: en algunas estará más presente la cultura. Hay un componente también en otras de lo que el profesor Paulino Ayuso ha reconocido como irracionalismo. Hay, sobre todo, a partir de *Astrolabio*, una poesía más reflexiva; y hay al final, sobre todo partiendo de *Los silencios del fuego*, lo que yo reconozco como «poética de la mansedumbre», que es la apuesta por un humanismo abierto y concreto. Así que emoción, intensidad, pureza formal en este primer poema como características que van a estar latentes en mi poesía.

Y tengo que reclamar también ese grado de independencia para mi poesía, en contraposición a esa poesía de los *novísimos*, con la que yo coincidí en la necesidad y la búsqueda de un nuevo lenguaje, de una visión más amplia de la cultura, de una mayor libertad, pero en pocas cosas más. A la larga, creo que existen las generaciones, pero existen antes los poetas y las voces independientes. Ayer me llegó —lo pongo ahora como un ejemplo— esta Antología realizada en Francia: *Cinq poètes espagnols contemporains*, en la que se presenta la obra de cinco poetas novísimos, pero es significativo que la autora de esta selección, más allá del tópico, ofrece cinco voces diferentes. Ha sido necesario el paso del tiempo —treinta años— para que distingamos esas voces y veamos que son significativas en lo que tienen de independientes y no en lo que tienen de común. Lo común está en la necesidad de ese nuevo lenguaje y nueva cultura, pero, en mi caso concreto, la autora ha ofrecido lo que podemos considerar el *sentido órfico* de mi poesía y ha centrado la representación de los poemas en mi libro *Jardín de Orfeo*, que es una de las etapas y uno de los aspectos de mi obra, aunque también en el número monográfico que presentó la revista *Anthropos* mi obra fue presentada como una armonía órfica, puesto que hay una raíz y fuente común de mi obra que se conecta con lo que ha dicho el profesor Paulino acerca de la fidelidad al ritmo, que yo considero que es la primera condición del poema, aquello que distingue, sobre todo, la poesía de la prosa. Y luego se debe aspirar a que el poema propio sea un poema nuevo. Por ello, toda verdadera poética está en sintonía con una idea vanguardista, pero, al mismo tiempo, con esa visión fértil de la tradición. Una tradición que no se imita, sino que fundamentalmente nos enriquece.

Veamos ahora un cambio en este poema de *Truenos y flautas en un templo*, que, como ha señalado el profesor José Olivio Jiménez, remite a una vertiente irracionalista, más que surrealista, de mi obra. Algunos versos podrían indicar las diferentes etapas que hay en mi poesía:

Escalinata del palacio

(...) Salí del mar. Un hombre me ahogó cuando era niño.
 Mis ojos los comió un bello pez azul
 y en mis cuencas vacías habitan escorpiones.
 Un día quise ahorcarme de un espeso manzano.
 Otro día me ató una víbora al cuello.
 Pero siempre termino dormido entre las flores,
 beodo entre las flores, ahogado por la música
 que desgrana el violín que tengo entre mis brazos. (...)

Como digo, es un poema de una poética extrema respecto a la del poema anterior. Es la poesía con la que yo me pongo a tono con los poetas de mi generación. Poesía irracional.

Otro poema de *Sepulcro en Tarquinia*, que es tal vez el más conocido y más amado de mis libros de poemas, aunque, como recuerdo siempre, siento una predilección especial por *Noche más allá de la noche*, libro en el que reflexión y emoción se decantan en mi poesía. Aquí también, en *Sepulcro en Tarquinia*, hay una conjunción de poéticas: hay una estética más irracionalista en las dos últimas partes, mientras las dos primeras se centran en lo que, de manera ya tópica, entendemos por «poesía culturalista», que, en mi caso concreto, remite a una cultura que he procurado siempre que fuera sinónimo de vida. Se ha abusado de esta visión culturalista, se han hecho poemas sobre autores, sobre libros, películas, sobre circunstancias estrictamente culturales, pero creo que si debajo de esa cultura no estaba la vida, la experiencia vital, no podemos hablar de tal cultura. Voy a leer el poema sobre Giacomo Casanova. Si éste es uno de los libros más conocidos, este poema es de los más traducidos. Es algo más que la visión de un caballero y de un escritor; en este poema se presenta la vida de un hombre en sus últimos años, es un poema sobre la decadencia del ser. Casanova se dirige a su protector, el Conde de Waldstein, que le ha otorgado un cargo de bibliotecario en Bohemia. Y un tiempo después me alegró reconocer que este Casanova de mi poema es el Casanova que Fellini recogió en su película y aquel Casanova de los últimos años que se presentó en la película *La noche de Barein*.

En el poema Casanova se dirige a su protector.

Giacomo Casanova acepta el cargo de
 bibliotecario que le ofrece, en Bohemia,
 el conde de Waldstein

Escuchadme, Señor, tengo los miembros tristes.
 Con la Revolución Francesa van muriendo
 mis escasos amigos. Miradme, he recorrido
 los países del mundo, las cárceles del mundo,

los lechos, los jardines, los mares, los conventos,
 y he visto que no aceptan mi buena voluntad.
 Fui abad entre los muros de Roma y era hermoso
 ser soldado en las noches ardientes de Corfú.
 A veces he sonado un poco el violín
 y vos sabéis, Señor, cómo trama Venecia
 con la música y arden las islas y las cúpulas.
 Escuchadme, Señor, de Madrid a Moscú
 he viajado en vano, me persiguen los lobos
 del Santo Oficio, llevo un huracán de lenguas
 detrás de mi persona, de lenguas venenosas.
 Y yo sólo deseo salvar mi claridad,
 sonreír a la luz de cada nuevo día,
 mostrar mi firme horror a todo lo que muere.
 Señor, aquí me quedo en vuestra biblioteca,
 traduzco a Homero, escribo de mis días de entonces,
 sueño con los serrallos azules de Estambul.

Hay aquí también un guiño al tema de Venecia, que es una realidad que a mí me tocó vivir, sin más, ya que este libro lo escribí en Italia; y cuando viví allí Venecia se me impuso también como una experiencia vital, una realidad vivida y no una circunstancia puramente estética.

Se produce, a partir del siguiente libro, *Astrolabio*, un regreso a esa poesía más sencilla, la de la emoción y la intensidad a que me refería antes, poesía también más meditativa que va a abrir una larga etapa que desemboca en la situación en la que estoy ahora, quizás una poesía de tono más humano:

ÁLAMOS SANTOS ÁLAMOS DE LOS ADIOSES

Una loba de sombra, una noche morada,
 llega hasta vuestras ramas, os conmueve y aterra
 a vosotros, que sois la música en los cielos
 serenos de Castilla, que sois la cuerda tensa
 de la oscura vihuela, la paz de la paloma,
 rebaño silencioso bajo montes sin lluvia,
 álamos santos, álamos de los adioses.

Este progresivo desnudamiento de la palabra se decanta en *Noche más allá de la noche*, un libro complejo, que exige una lectura pormenorizada en la medida que, como se ha señalado tantas veces, puede ser leído como un único poema y también puede ser leído en cada uno de sus distintos cantos, de sus 35 cantos que componen el libro. Éste tiene, en alguna medida, de acuerdo con lo que José Hierro llamó en una ocasión «influencias inconscientes», una estruc-

tura dantesca, como también la tiene el siguiente, *Jardín de Orfeo*, en el cual las tres partes remiten al esquema del contenido dantesco de Infierno, Purgatorio y Paraíso. En *Noche más allá de la noche* está latente esa cultura fértil, a la que antes me refería. Hay poemas muy reflexivos y hay esa iniciación o *lectura mística*, que también ha subrayado el profesor José Olivio Jiménez, en que lo «místico» es sin más sinónimo de lo misterioso, de lo que desconocemos. Jung había escrito que nada oculto se nos puede dar por la vía del raciocinio. Y así hay siempre ese afán mío de comunicación con lo que está más allá. Es otra de las funciones de la poesía. La poesía es una vía de conocimiento, la poesía puede ser también una forma de ser; y puede ser ese afán de ir más allá, en el sentido de buscar y dar con la palabra nueva.

Hay un canto, el XXXV, que me gusta siempre destacar, porque fija o divide dos grandes etapas en mi poesía. En él reflexión y emoción están muy equilibradas. Y en este canto late una visión de la realidad, una idea de la vida, y apunta esa comunicación o diálogo con el pensamiento primitivo oriental, esa búsqueda de una desnudez del ser. Esto es sobre todo lo que se plantea en este poema. En él el protagonista no hace otra cosa que reflexionar en un espacio sin fechas, sin nombres, un espacio que podría ser de cualquier tiempo, como es un bosque, y en este espacio simplemente respira y se hace preguntas.

Me he sentado en el centro del bosque a respirar.
 He respirado al lado del mar fuego de luz.
 Lento respira el mundo en mi respiración.
 En la noche respiro la noche de la noche.
 Respira en labio el labio el aire enamorado.
 Boca puesta en la boca cerrada de secretos,
 respiro con la savia de los troncos talados,
 y como roca voy respirando el silencio,
 y como las raíces negras respiro azul
 arriba en los ramajes de verdor rumoroso. (...)

Hay también otro poema, mucho más breve, *Invierno tardío*, que pertenece al siguiente libro, *Jardín de Orfeo*, que es también una reflexión en este ámbito de la naturaleza, quizás más humanizado, y en el verso final ya se abre o entreabre ese humanismo más vivo que aflora en los libros siguientes. En principio tiene algo de postal, en que se pone de relieve ese momento muy raro que se puede dar en las zonas cálidas o mediterráneas, de ver que, estando floridos los árboles, concretamente un almendro, de repente nieva. Es la llegada de un *Invierno tardío*:

No es creíble cuanto ven mis ojos:
 nieva sobre el almendro florido,
 nieva sobre la nieve.

Este invierno mi ánimo
 es como primavera temprana,
 es colmo almendro florido
 bajo la nieve.

Hay demasiado frío
 esta tarde en el mundo.
 Pero abro la puerta a mi perro
 y con él entra en casa calor,
 entra la humanidad.

El bosque está muy presente también en *Los silencios de fuego*, que abre esa poética de la mansedumbre. Para mí (de nuevo) el término *mansedumbre* es un término dinámico. Se refiere a lo que viene después de la prueba, de la dificultad, de la lucha, del dolor, es decir, no indica pasividad, dejación, abandono, ignorancia de la realidad, sino es el estado al que se llega después de esa vía iniciática, que es la vida, y de esa vía o camino que se pone de relieve en este poema que se titula *La prueba*. De nuevo en él el ámbito del bosque y mi persona: suponía que debía atravesarlo. El bosque que no es otra cosa que la experiencia de la vida, que la experiencia de ser y que está lleno de pruebas para aquel que lo atraviesa:

Mira: a punto estás de penetrar en el bosque.
 Vas a dejar la casa blanca de la cima,
 tan plácida, tan llena de música y sosiego,
 y ahí te espera el bosque impenetrable.

Irremediablemente deberás cruzarlo:
 el bosque que descende por la ladera escabrosa,
 el bosque en que no hay nadie
 y el bosque en el que puede haber de todo,
 el bosque de humedades venenosas,
 morada de lo negro
 y de una luz que enturbia la mirada.

Entra en él con cuidado y sal sin prisas,
 mas nunca se te ocurra abandonar la senda
 que descende y descende y descende.
 Mira mucho hacia arriba y no te olvides
 de que este tiempo nuestro va pasando
 como la hoz por el trigo.
 Allá arriba, en las ramas,
 no hay luces que te cieguen si es de día.
 Y si fuese de noche,

la negrura más honda la siembran faros ciertos.
 Todo lo que está arriba guía siempre.

Mira, te espera el bosque impenetrable.
 Recuerda que la senda que lo cruza
 —la senda como río que te lleva—
 debe ser dulce cauce y no boa untuosa
 que rept a y extravía en la maraña.
 Que te guíe la música que dejas
 —la música que es número y medida—
 y que más alta música te saque
 al fin, tras dura prueba, a mar de luz.

Voy a terminar con un poema inédito del libro en que ahora trabajo. Será un libro con un tono más grave, más fuerte que el que habitualmente tiene mi poesía. Es un libro que nace después de tres años de silencio y de unas circunstancias que centraría en la muerte de mi padre como desencadenante de este nuevo libro y nueva etapa. De hecho, este poema —*Plegaria en los Páramos negros*— lo escribí al día siguiente del funeral de mi padre. Y no quisiera que se viera como una circunstancia tópica, fácil, *poética*, sino que simplemente las cosas suceden así: uno está tres años sin escribir un solo verso y de repente un día, al siguiente del funeral del padre, vuelve la poesía, el poema viene y quizá viene a probarnos algunos de los grandes tópicos, debajo de los cuales hay grandes verdades: que la poesía va unida a la experiencia, que la poesía va unida a las emociones y a las conmociones del ser, que la poesía, en definitiva, no es sino biografía.

Gracias por la muerte de estos montes
 y por la de estos pueblos, en los que sólo las piedras
 se mantienen con vida,
 gracias por estos negros páramos del invierno
 en los que la tierra asciende a los cielos
 y las nubes descienden hasta rozar la tierra;
 gracias por esta hora de todos los vacíos
 en la que se intuye un final.
 De tanta pureza y soledad, de tanta muerte
 sólo puede brotar una vida más cierta.
 Gracias por la noche, que a punto está de llegar
 con la bondad de sus nieves,
 y por ese perro vagabundo
 que prueba a calentar con su hocico
 el estanque helado
 para extraer un poco de agua;
 gracias porque no nos hemos cruzado

con ningún ser humano
para pulsar el dolor,
y por la pana remendada de parcelas y prados,
que conservan como un tesoro
las heridas de los disparos,
los tizones de los últimos incendios;
gracias por los frutales grises de los mínimos huertos
y por las colmenas adormecidas,
y por la casa cerrada desde hace muchos años
de la que no se conoce su dueño.

Y, sin embargo, en este anochecer,
yo quisiera ofrecer lo mejor de mi vida
a toda esta muerte;
yo quisiera cambiar todo el gozo y el oro
que hubo en mi vida
por la contemplación (desde estos páramos negros)
de las montañas últimas.
Porque aquí empezó todo para mí,
porque cuanto he sido, y soy, y digo,
nada sería sin las raíces de las luces frías,
sin esos senderos impenetrables
que sólo han recibido la visita
de los rayos amargos.

Por eso, quiero ser esa lastra ferrosa
bajo la que duerme la víbora,
o la yerba tan fuerte, o su escarcha,
que el sol no logró deshacer a lo largo del día.
Quisiera arrodillarme como tapia abatida,
como pinar abrasado.
No deseo ni puedo volver hacia atrás la mirada,
desandar el camino (¡tan largo!) recorrido,
pues ya sé que, vacío,
en la hora en que todo ya parece morir
a punto está todo de nacer.
La mirada vuela sobre la fosa del valle
(sobre la fosa de la vida),
hacia la gran mole coronada de silencio,
hacia la cima que alberga los misterios.
Gracias por este anochecer
en el que me he quedado entre las manos
con las pobres, escasas semillas
de las que habrá de germinar luz perpetua.

En el anochecer de los páramos negros
estoy solo y profundamente en paz.

Luyego, 10-XII-1999